

COBRO DE SANGRE

MARIO MENDOZA

Cobro de sangre

© Mario Mendoza, 2021

© Por imagen de cubierta: LADELRIO (@tintadelrio), 2021

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2021

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

Diseño de colección: Juanfelipe Sanmiguel

Diseño de interior: Departamento de Diseño Planeta

Primera edición: septiembre de 2004

Primera edición de esta colección (Colombia): mayo de 2021

Segunda edición de esta colección (Colombia): agosto de 2022

ISBN 13: 978-628-7568-13-6

ISBN 10: 628-7568-13-5

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Impresión: xxxxxxxxx

Este proyecto ha sido posible gracias al apoyo de:

- Programa Distrito grafiti de la Alcaldía Mayor de Bogotá
- (Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte e Instituto Distrital de las Artes – IDARTES).
- Cuerpo oficial Bomberos de Bogotá
- (Estación de Chapinero, Estación del Restrepo)
- Árbol Naranja

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para mi padre, in memoriam

*Mi vida, antes insubstancial, ha cobrado ahora un sentido
al que no sabría qué nombre dar
como no fuera el mismo nombre de Vida.*

STEFAN ZWEIG

El demonio que lo poseía había sido exorcizado al fin.

SOMERSET MAUGHAM

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	13
Capítulo I	
UN NIÑO ESCONDIDO EN LA OSCURIDAD.....	15
Capítulo II	
EL TERRORISTA.....	31
Capítulo III	
EL ATENTADO.....	51
Capítulo IV	
UNA VÍCTIMA INESPERADA.....	69
Capítulo v	
EFRAÍN ESPITIA.....	89

Capítulo VI	
UN MAPA SENSORIAL.....	115
Capítulo VII	
PRISIONERO 212	135
Capítulo VIII	
EL VAGABUNDO.....	195
Capítulo IX	
EL MAR Y EL DESIERTO.....	251

PRÓLOGO

Esta es una de mis novelas preferidas. La escribí en un estado de trance, sin darme cuenta siquiera de qué día era o cuántas horas invertía en ella. Nunca he sido capaz de un final feliz a lo Hollywood. Hay algo inmoral en un final feliz. Sin embargo, en este libro supe desde el comienzo que, aunque la historia terminaría en el desierto de la Guajira, en medio de una soledad demoledora y de una miseria absoluta, el personaje sería capaz de una afirmación de la vida a tope, a todo trapo, y supe también que pegaría un alarido de vitalidad extremo.

Durante los primeros capítulos creí que era una novela sobre el problema de los militantes políticos de izquierda, sobre su persecución y exterminio por parte de fuerzas paraestatales, sobre sus atentados y venganzas. No obstante, sin darme cuenta, no sé en qué momento el libro se me fue convirtiendo en una historia sobre la culpa, sobre cómo elaborar y superar un arrepentimiento demoledor y tiránico. El protagonista debe aprender a perdonarse, a ser indulgente consigo mismo y a no tomarse tan en serio. Es un libro sobre el punto clave de toda existencia: el no ego. No somos importantes. No somos nadie. No somos nada.

A manera de anécdota, esta novela fue publicada cuando el país estaba radicalmente decidido a derrotar militarmente a la guerrilla, y, en una lectura política paranoica, fue mirado de reojo, con sospecha, como si escondiera un mensaje peligroso. Y bueno, quizás sí.

Capítulo I

UN NIÑO ESCONDIDO EN LA OSCURIDAD

Desde su infancia, Samuel Sotomayor fue siempre un individuo solitario, apartado y salido de lo común. A los diez años sus padres le regalaron una edición ilustrada de la *Odisea*, y el pequeño solía encerrarse y quedarse horas enteras analizando los dibujos de los barcos, la corpulencia del cíclope o las caras endurecidas de los marineros durante las tormentas y los tremendos oleajes que soportaban en medio de aquella insólita aventura. Con la pequeña lámpara encendida detrás de él, Samuel disfrutaba la sensación de estar metido en otro mundo, como si cada uno de los dibujos fuera una puerta de entrada a otra dimensión.

Cuando estaba en cuarto de primaria hizo la primera comunión con sus demás compañeros de colegio. Pero él no llevaba en la mano ningún misal, como los otros, sino su vieja y querida edición ilustrada de los viajes de Ulises. La había forrado con un papel blanco y decidió que en una situación tan importante él debía estar acompañado no por un libro desconocido que no lo entusiasmaba, sino por su querido y trajinado ejemplar que él solía consultar tanto de día como de noche en la soledad de su habitación, cuando se quedaba dormido entre sus páginas y soñaba con el país de los lotófagos, con Circe, con Polifemo y con la solitaria Penélope que tejía y destejía esperando el regreso de su amado. Muchas veces se despertó en mitad de la noche rogándole a Zeus para que le permitiera a Ulises regresar a Ítaca, al lado de su mujer y de su hijo. En una de las escenas finales, cuando el protagonista es reconocido por su perro Argos,

Samuel llegó incluso a llorar y suplicó a todos los dioses que dejaran al héroe vencer a los pretendientes y recuperar el control de su isla.

Ese día de su primera comunión, Samuel le dijo a Horacio Villalobos, uno de los compañeros de clase que tenía a su lado:

—Si me toca leer algo, me pasa su libro.

Todos estaban vestidos de blanco, con una cruz de madera colgándoles del cuello y un pequeño misal en la mano. El muchacho le contestó a Samuel con una pregunta evidente:

—¿Y por qué no usa el suyo?

Con cierto aire de superioridad, Samuel se sonrió y le dijo a Horacio:

—Porque lo que tengo aquí no es un misal.

—¿Va a recibir la primera comunión con otro libro en la mano?

—Qué le vamos a hacer, nunca lo compré. Prefiero gastar mi dinero en cosas más entretenidas.

La tranquilidad con la que Samuel se burlaba de la situación sorprendió a Horacio y lo hizo sentirse ingenuo, estúpido, como si fuera un pequeñuelo atolondrado hablando con un adolescente despierto y experimentado. El descaro de Samuel, su desparpajo irreverente y el buen humor con el que se tomaba el asunto lo desconcertaban y lo confundían.

—¿Y entonces qué tiene ahí? —preguntó Horacio nervioso.

—Mire.

Samuel corrió el forro y Horacio pudo ver la carátula: se trataba de un hombre barbado gobernando el timón de un barco en una noche de tempestad. El título decía en tinta roja: “*La Odisea*”.

Dos días después, para intimar un poco más con él, Samuel invitó a Horacio a tomar onces en su casa. El joven pudo constatar que, como lo había imaginado, la familia de su nuevo amigo no era como las demás. Los padres de Samuel eran pintores y escultores, una pareja que había diseñado ella misma los planos de la casa, los floreros, los colores de las paredes y de los pisos (colores fuertes, llenos de contrastes), los muebles (anatómicos, poco convencionales) y las puertas con herrajes

y arabescos metálicos. Horacio nunca había visto nada parecido. Samuel era hijo único y su cuarto no tenía la acostumbrada colección de autos en miniatura ni los aviones de plástico recostados en la biblioteca o en el escritorio. No. En su lugar había dibujos y cuadros de gran formato sobre los dioses y los héroes griegos: Hermes a toda velocidad con un papiro en la mano, Poseidón emergiendo de un fuerte oleaje, Ulises hiriendo al cíclope con un gigantesco tronco de madera.

—¿Se los hicieron sus papás? —preguntó Horacio señalando las pinturas.

—Los hicimos con mi mamá. ¿Le gustan?

—Mucho.

—Voy a decirle a ella que hagamos uno especial y se lo regalamos.

Fue una tarde inolvidable para Horacio. Entró al taller de los padres de Samuel, le enseñaron la diferencia entre una acuarela y un óleo, entre una escultura de bronce y una de mármol, trazó varios bosquejos en pliegos de papel enorme, se embadurnó, jugó con los pinceles, escuchó piezas de Charlie Parker, comió arepas rellenas de queso, bebió chocolate con leche y canela, y al final, cuando volvió a su casa, tuvo la impresión de haber estado muy lejos, en otro país o en otro continente, en territorios remotos donde los seres humanos no se comportaban como los individuos que hasta entonces él había conocido. Las onces en casa de Samuel se habían convertido en un viaje a otra realidad más poética y más perfecta que la suya.

Desde entonces, Samuel entabló cierta camaradería con Horacio, eran vistos juntos a la salida del colegio, se encontraban los fines de semana y solían jugar fútbol y montar en bicicleta por los alrededores de sus barrios. Compartían mucho tiempo el uno al lado del otro, pero había una parte de Samuel que seguía siendo incomprensible para Horacio, una parte de su personalidad que él reservaba sólo para sí y donde nadie tenía cabida. Cuando menos se esperaba, Samuel se retiraba de los juegos y se iba caminando por los potreros baldíos con las manos en los bolsillos, harto de los demás, como si la compañía de otros muchachos lo asfixiara. También le gustaba ence-

rrarse en su habitación a leer y cuando estaba atrapado en algún libro que lo entusiasmaba, se desaparecía días enteros y no contestaba los mensajes que Horacio le dejaba con sus padres. De esta manera, aunque Samuel se viera obligado a vivir buena parte de su tiempo entre sus compañeros de colegio y tuviera un gran amigo con quien compartir su intimidad, seguía siendo un solitario, un joven que necesitaba aislarse para recomponer el ensamblaje de su identidad.

Había un compañero de clase de apellido Garrido, que se aprovechaba de varios muchachos porque su tamaño lo hacía parecer como si fuera un estudiante de tercero o cuarto de bachillerato, cuando lo cierto era que acababan de iniciar el primer año. Este grandulón los pisaba, los empujaba, les quitaba la comida, les robaba el dinero que tenían para comprar en la tienda del colegio, en fin, les hacía la vida imposible cada vez que podía. Un día, antes de subir a los autobuses, Samuel le dijo a Horacio:

—Mañana le voy a dar una lección a Garrido.

—¿Usted? —le preguntó él mirándolo de arriba abajo.

—No creo que sea tan fuerte como parece.

—Tiene la estatura de nuestros papás —comentó Horacio con el tono de quien insinúa «hey, te pasaste por alto un pequeño detalle».

—Algo me dice que en realidad nunca ha peleado.

—Déjese de teorías: si se mete con él, lo va a hacer papilla.

—Al principio, después veremos.

—¿Qué es lo que piensa hacer?

—Mañana se dará cuenta.

—Lo va a masacrar, se lo advierto.

—Tal vez.

—Voy a echar el botiquín de primeros auxilios de mi casa en la maleta. Nos será útil mientras llega la ambulancia por usted.

—No pierdo nada intentándolo.

—No me haga reír.

Horacio creía que Samuel estaba hablando por hablar, pero no fue así. Al día siguiente, después del almuerzo, estaban practicando algunas jugadas con el balón de fútbol en los prados que quedaban cerca de la carpintería del colegio, y vieron la figura de Garrido que se acercaba a ellos con su paso inconfundible de matón de película de vaqueros. La tarde era soleada, y suaves ráfagas de brisa hacían que el balón se ladeara cuando lo pateaban hacia arriba. Como era de esperarse, Garrido se hizo entre ellos y les ordenó:

—Necesito el balón.

Dejaron de jugar. Samuel tenía la pelota debajo de su pie derecho.

—¿No me oyeron?

—No somos sus esclavos —replicó Samuel tranquilo, sin alterarse.

—¿Qué?

—Lo que oyó, Garrido, que no somos sus sirvientes. Búsquese un balón en otra parte.

—¿Muy alzado, o qué? —dijo el matón acercándose con actitud agresiva.

—Queremos jugar en paz, eso es todo.

—El problema es que voy a llevarme el balón.

—No, no se lo va a llevar. Lo estamos usando nosotros, cómo le parece.

Garrido estaba un poco sorprendido. Nadie solía hablarle en ese tono. Dio dos pasos más y quedó frente a frente con Samuel.

—Con que esas tenemos —dijo amenazante.

—No le tengo miedo. Haga lo que le dé la gana. Samuel no alcanzó a eludir la embestida de Garrido y ambos se enredaron en una pelea campal rodando por el suelo entre puñetazos y llaves de lucha libre. Como era obvio, Samuel llevaba la peor parte. Pero el desconcierto de Garrido era evidente: tenía un ojo cerrado y la nariz le sangraba abundantemente. Iba ganando la pelea sólo porque su tamaño lo beneficiaba, no porque fuera un contrincante ágil y contundente. Por un

momento logró retener a Samuel debajo de una de sus rodillas y le preguntó:

—¿Se rinde?

—No —afirmó él iracundo, con una ceja rota y el labio superior hinchado de manera grotesca.

—Ríndase y lo dejo parar.

—Esto hasta ahora está comenzando, imbécil.

La frase dejó atónito a Garrido. La verdad es que Samuel no se veía muy bien como para andar amenazando. Varios muchachos de distintos cursos, que se habían acercado a contemplar la pelea, aplaudieron y le gritaron obscenidades al grandulón. Los dos combatientes volvieron a rodar por el piso, se trenzaron como sierpes y empezaron a respirar como búfalos a los que les faltara el aire. El sudor les escurría por la frente, las sienes y la nuca. Samuel se veía muy golpeado pero estaba, sin duda, en mejor forma. Garrido no podía más, el cansancio lo tenía exhausto, vencido, jadeante. Entonces Samuel, zafando la mano derecha, logró golpear a su enemigo en los testículos. La cara de Garrido palideció y se cayó de medio lado llevándose las manos a la entrepierna. El público se entusiasmó, chifló y abucheó como si estuviera siguiendo una pelea profesional en una arena de gladiadores romanos. Samuel se fue encima de Goliat y lo machacó a su antojo. Al final se sentó sobre él y le preguntó:

—¿Se rinde?

El pobre gigante no dudó en responder con la voz atragantada:

—Sí, sí, me rindo.

—Si vuelve a joder a alguno del curso, al que sea, le va a tocar venir al colegio en silla de ruedas.

A partir de ese día Garrido dejó de ser el gorila que se aprovechaba de su tamaño y se convirtió en un pelmazo enorme que no podía decir nada sin que los demás se burlaran de él. Terminó por retirarse del colegio en las vacaciones de mitad de año.

Al otro día de la pelea, en casa de Samuel, Horacio le preguntó:

—¿Cómo supo que le podía ganar?

—No estaba seguro, lo intuí.
—¿Pero cómo?
—Es fácil, Horacio, ¿cuándo ha visto a Garrido pelear?
—Nunca.
—Le tenemos tanto miedo que nunca lo enfrentamos.
—Nos duplica en peso y en tamaño.
—Pero fíjese, sus movimientos son torpes, lentos, y jugando fútbol es un paquete completo.
—Sí, eso sí.
—Supuse que no aguantaría una pelea en regla, en serio. Llevaba semanas vigilándolo e imaginándome una lucha contra él.
—Todavía no termino de creerlo.
—Bueno, hay otra cosa.
—Qué.
—Es como en el boxeo. No gana el que pega más duro. Hay que saber atrincherarse, hay que aprender a recibir sin caerse a la lona.
—Estar entre las cuerdas —dijo Horacio recordando la expresión.
—Exacto. La vida se gana a veces en esos momentos, no en los otros.

En 1976, el movimiento estudiantil se hizo sentir con marchas y protestas callejeras que buscaban denunciar la ausencia de una auténtica democracia. El gobierno había desatado una persecución contra todos aquellos que comulgaran con ideas de izquierda. Los padres de Samuel eran profesores en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de Bogotá, y además militaban en el Partido Comunista. En consecuencia, solían comentar en casa la realidad política nacional y hablar de lo sucedido durante las tomas de la Universidad por parte de las Fuerzas Militares, de los compañeros desaparecidos y de aquellos amigos que habían decidido ingresar a las filas de la guerri-

lla. El ambiente era tenso y una serie de llamadas amenazantes les indicó que los organismos de seguridad del Estado los tenían fichados y estaban detrás de ellos para detenerlos o matarlos.

Ese mismo año, Samuel empezó a ser visitado por extrañas visiones en las cuales figuras evanescentes, como fantasmas salidos de una niebla espesa, disparaban sobre sus padres. Dejó de soñar con Ulises y con los dioses de sus dibujos infantiles, y el terror lo persiguió en esas noches en las que procuraba, sin lograrlo, acostarse pensando en Circe o en Palas Atenea.

La situación se volvió insostenible y los padres de Samuel decidieron preparar una fuga relámpago. La madre le explicó una mañana mientras empacaban las maletas:

—Tú sabes que tenemos muchos enemigos políticos en el país, gente que no piensa como nosotros y que ve en nuestras opiniones y en nuestras obras ideas peligrosas. Esta gente de la que te estoy hablando está acostumbrada a solucionar sus diferencias a la fuerza, con amenazas y atentados. Son personas ignorantes que no quieren discutir, que no respetan a los que piensan distinto de ellos, ¿comprendes lo que te digo?

—Sí señora.

—Papá ha recibido llamadas telefónicas donde le dicen que se vaya del país y creemos que por ahora es lo mejor. Nos vamos a México porque tenemos varios amigos en ese país. Ellos nos ayudarán.

Pensaban viajar los tres juntos y dejar a un amigo cercano encargado de arrendar la casa y de enviarles el dinero cada mes a través de una agencia inmobiliaria. Por precaución ya tenían los pasaportes en orden y se habían acercado a la Embajada de México a comentar su situación. Así que compraron los tiquetes de avión, llamaron al Distrito Federal para avisar su llegada inminente, e hicieron maletas con la decisión irrevocable de exiliarse del país en veinticuatro horas. Pero su destino estaba muy lejos de sus esperanzas y muy cerca de las misteriosas visiones de su hijo.

Esa misma noche, después de múltiples llamadas y de arreglos

de último minuto, se acostaron cerca de las doce. Las maletas estaban en el vestíbulo, listas para ser metidas en el baúl de un taxi en las primeras horas de la mañana. Samuel se durmió apenas puso la cabeza en la almohada y, en sueños, señalándole una especie de patíbulo, una figura de larga cabellera le repitió varias veces con voz gruesa y ceremonial: «Tus padres serán sacrificados».

Se despertó con la frente bañada en sudor y el pulso alterado. Escuchó ruidos de pasos que bajaban por la escalera.

Su padre revisaba la seguridad del primer piso y, cuando estaba observando las ventanas de la sala que daban al antejardín, un disparo seco, con silenciador, lo hizo volverse y quedar inmóvil con los ojos fijos en la puerta de entrada. Pasaron unos segundos que le parecieron un siglo. Sentía el corazón laténdole a toda velocidad. La casa estaba a oscuras y unos débiles rayos provenientes de un poste de luz de la calle se filtraban a través de las cortinas. Una patada derribó la puerta y un soldado fuertemente armado entró apuntando su arma hacia un lado y hacia el otro, intentando reconocer el lugar y previendo algún ataque que se produjera en medio de la penumbra. El padre de Samuel se tiró detrás del sofá y se quedó allí agazapado, como un animal que sabe que su vida depende de la efectividad de su escondite. Luego entraron un segundo soldado y un tercero. Uno de ellos encendió una linterna y el haz de luz empezó a desplazarse por los muebles y los muros. Un cuarto hombre dijo en voz baja desde el umbral de la puerta de entrada:

—¡Rápido. Si no están aquí, vayan al segundo piso! Entonces, por el tono de esa voz, el padre de Samuel supo que no había escapatoria y que esos uniformados no venían a detenerlos sino a asesinarlos. Buscando darles a su mujer y a su hijo un poco más de tiempo, y procurando llamar la atención de los vecinos, se puso de pie, agarró un jarrón y lo arrojó contra el ventanal de la sala. El estruendo hizo girar a los soldados y varios disparos certeros dejaron al padre de Samuel doblado sobre el sofá que le había servido de refugio.

Ese ruido del vidrio de la sala viniéndose abajo en mil pedazos dejó a Samuel sentado en la cama sin saber qué hacer. Su madre entró corriendo y, sollozando, le ordenó en secreto:

—¡Escóndete en la parte alta del clóset, rápido!

—¿Qué está pasando?

—¡Haz lo que te digo, quédate ahí y no vayas a salir!

Samuel obedeció y escaló por los entrepaños hasta la parte alta del armario. Su madre le arrojó encima unas sábanas y un bulto de ropa que estaba a la mano. Luego salió al corredor y, de regreso a la alcoba principal, se tropezó con uno de los uniformados cara a cara. La luz de la linterna le dio a la mujer en pleno rostro. Su larga cabellera, sus facciones finas y bien delineadas, y el diseño de su pijama que le dejaba el pecho y los hombros al descubierto, la hacían parecer como un fantasma femenino que hubiera surgido en medio de las sombras para perturbar el sueño de los hombres. El soldado no supo qué hacer y se quedó unos segundos contemplándola en silencio. Un compañero que venía subiendo las escaleras lo increpó:

—¡Dispare, dispare!

La madre de Samuel se puso de rodillas, cerró los ojos y se concentró en el recuerdo de su hijo. Sabía que no lo iba a volver a ver, que no sabría si moriría o no con ella en esa misma noche fatídica, y que si se salvaba, no lo vería crecer, no estaría jamás a su lado en los momentos difíciles, no llegaría a conocerlo de joven ni se enteraría de sus ideas, de sus gustos, de sus pasiones más desenfrenadas. Todo esto lo pensó en segundos, atropelladamente. El soldado reaccionó como si de repente alguien lo hubiera despertado de un trance muy profundo y disparó su pistola varias veces. La madre de Samuel cayó sobre el piso y su melena ensortijada quedó desparramada sobre un tapete de rayas multicolores.

De pronto la casa se inundó de voces de mando que ordenaban a los asesinos salir cuanto antes del lugar y subir a los autos que estaban encendidos en la calle esperándolos. Por unas pequeñas rendijas que permitían vislumbrar la parte externa del armario, y desde

las cuales se alcanzaba a ver la habitación y parte del corredor y las escaleras, Samuel vio a varios hombres uniformados que, con linternas en la mano, descendían hacia la planta baja con movimientos precisos y ordenados. Una voz dijo:

—Falta el muchacho.

Desde abajo, otra voz contestó:

—¡Vámonos, vámonos, los vecinos ya prendieron las luces!

Luego, todo fue silencio y oscuridad. A los pocos minutos Samuel salió del clóset y descubrió los cadáveres de sus padres, uno tirado en el corredor del segundo piso y el otro abajo, chorreando sangre sobre el sofá. Las maletas habían quedado intactas a la entrada. La puerta de la casa estaba abierta y corrientes de aire helado hacían estremecer las cortinas de la sala y el comedor. Se sentó en las escaleras y perdió la noción del tiempo. La policía lo encontró con la cabeza hundida entre las manos, en *shock*, sin poder hablar ni explicar qué era lo que había sucedido. Un equipo de paramédicos le inyectó un sedante y lo trasladó a la Clínica de la Policía.

Cuatro semanas más tarde, luego de haber respondido a las preguntas de los detectives encargados del caso, sus abuelos maternos lo sacaron del país para proteger su vida. Al ser el único testigo del crimen, cabía la posibilidad de que los victimarios tomaran algún tipo de retaliación contra él. Antes de viajar a Nueva York, le envió a Horacio por correo el dibujo que su madre había hecho para él, y una noche, la última, pasó en el carro de sus abuelos frente a la casa de su amigo y se despidió de él en secreto.

Horacio, por su parte, nunca se enteró de la verdad. Al día siguiente del asesinato, un lunes, a primera hora de la mañana, el rector del colegio reunió a todos los cursos de bachillerato y les anunció que los padres del alumno Samuel Sotomayor habían fallecido en un accidente, y que el joven, lamentablemente, no volvería a la institución.

—Después del almuerzo se celebrará una misa en la capilla
—remató el rector antes de enviarlos a los salones de clase.

Horacio se dirigió corriendo a la Secretaría del colegio y llamó a su madre.

—Ven a recogerme ya, por favor —le suplicó.

—¿Te pasó algo?

—Ayer se murieron los papás de Samuel.

—Sí, hijo, ya lo sé.

—¿Llamó él?

—Algo dijeron en las noticias —dijo ella evasiva.

—Tengo que ir a verlo.

—No sé si sea una buena idea.

—Él es mi mejor amigo, mamá. Me necesita. Por favor.

El tono en el que Horacio le rogó a su madre hizo efecto, y ella, enternecida, le dijo:

—En una hora te recojo. Yo hablo con el rector para que te deje salir.

—Gracias, mamá.

La madre de Horacio cumplió su palabra, pidió un permiso especial en el trabajo, explicó en el colegio la situación y llevó a su hijo con prontitud a la casa de su amigo, a ver si alguien les podía dar información sobre lo que había pasado la noche anterior. Cuando llegaron, la fachada principal de la casa de los Sotomayor estaba atiborrada de periodistas con cámaras de fotografía y de televisión, de reporteros que tomaban notas en pequeñas libretas que luego guardaban en sus chaquetas con celo profesional, de policías que habían acordado el sector para llevar a cabo sus investigaciones, y de vecinos y curiosos que murmuraban entre ellos mientras señalaban las distintas estancias de la casa donde había sucedido la catástrofe. Algo no encajaba con lo que el rector les había dicho en el colegio y así se lo hizo saber Horacio a su madre:

—¿Por qué hay tantos policías y periodistas? Fue sólo un accidente.

—Espérame en el carro con los vidrios cerrados. Voy a preguntar dónde está Samuel.

La orden intentaba, claro, protegerlo de las preguntas insidiosas que los periodistas hacían a los conocidos y a los vecinos que rodeaban la zona. Se trataba de que el pequeño Horacio estuviera al margen, que la desgracia de los Sotomayor no alcanzara siquiera a rozarlo.

Su madre regresó, entró al auto y le dijo poniéndole una mano en el hombro:

—La policía dice que Samuel no está, que se lo llevaron sus abuelos.

—¿Para dónde?

—No lo sé, mi amor.

—¿No nos pueden dar el número del teléfono?

—Nadie da razón de él, lo siento.

—No me puedo ir así.

—Es mejor que regresemos a la casa. De pronto él se comunica contigo.

La idea era sensata, así que encendieron el auto y se alejaron de aquella multitud que cercaba con curiosidad malsana la casa donde habían asesinado a los padres de Samuel. En el camino, Horacio se echó a llorar de dolor, de tristeza, de ansiedad. Imaginaba a su amigo solo, desamparado, enfrentando inerme e indefenso su nueva e injusta orfandad. Su madre supo respetar sus sentimientos y permaneció callada, sin dirigirle la palabra.

Unos días más tarde el cartero tocó el timbre y, por casualidad, Horacio abrió la puerta.

—¿Horacio Villalobos, por favor?

—Sí, soy yo —dijo él orgulloso.

—Tengo un paquete para usted. Firme aquí, si es tan amable.

Horacio escribió su nombre con torpeza, entró a la sala y se dio cuenta de que por ninguna parte venía anotado el remitente. Era una caja de tamaño mediano. La abrió con el corazón palpitándole a toda velocidad. Era un dibujo de Ulises abriendo los compartimentos secretos del caballo de madera en la famosa toma de Troya. En media hoja de papel, Samuel le explicaba con letra diminuta:

«Ulises, el fecundo en ardidés. Mi madre lo pintó para usted antes de morir».

Esa pintura estuvo siempre en una de las paredes de su habitación. Fue la última noticia que tuvo de Samuel.